

un *adiós*, sino con un *hasta luego*, y no con la pagana y necia fórmula *La tierra le sea ligera*, sino con la cristiana y profunda deprecación de los fieles de las Catacumbas: *Requiem aeternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei!*

R. M. CARRASQUILLA
Presbítero

Febrero 3 de 1910.

CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO (1)

Preciso es que refiera en esta ocasión ciertas particularidades de mi primera juventud, pues vienen á probar que todas las circunstancias de la vida religiosa no producen el efecto que de ella se espera, sino sucediéndose en natural encadenamiento. El culto protestante no tiene la amplitud ni trae aparejadas las consecuencias necesarias para encerrar á una parroquia en una sola y misma opinión; así es que cada individuo se forma opiniones particulares, disminuyendo considerablemente el número de personas que asisten á la comunión. Tanto en las cosas morales y religiosas, como en las cosas mundanas, el hombre gusta de basarse en ejemplos; cuando uno se pregunta por qué le falta grandeza al protestantismo, no hay más remedio que contestar que es porque carece de sacramentos. Los sacramentos son de lo que hay más elevado en una religión, siendo los símbolos materiales de una gracia extraordinaria y especial de la Divinidad.

Aquí un joven y una joven tiéndense la mano, no para un saludo pasajero ó un baile elegante, sino para prosternarse delante del sacerdote que va á bendecirlos y á unirlos por siempre; pronto vuelven á sus pies á llevarle el fruto de sus amores, que él purifica con el agua santificada, incorporándole de tal modo á la Iglesia, que sólo podrá desligarse de ella por crímenes inauditos. El niño se

(1) De las *Memorias de Goethe*, traducidas y publicadas recientemente.

forma él mismo en las cosas terrenales; pero en la parte que concierne al cielo, preciso es enseñárselas; y cuando aprende todo lo que debe saber sobre el particular, se le recibe como á miembro voluntario de esa Iglesia, de la cual formó parte en un principio sin saberlo. Ya está el niño convertido en cristiano; conoce sus ventajas, sus deberes, y sin embargo no está siempre de acuerdo con sí propio; un hombre venerable lo espera, confíale sus dudas, sus incertidumbres, sus faltas; y el confesor, después de haberle purificado con penitencia proporcionada á sus culpas, le devuelve puro y sin mancha á la comunidad cristiana.

Absuelto y tranquilo, arrodíllase para recibir la hostia; y á fin de aumentar el santo temor que inspira tan misterioso acto sólo vislumbra el cáliz á respetuosa distancia. Los consejos, los consuelos, que el ministro del Señor se halla siempre dispuesto á prodigar, así al adolescente como al hombre hecho, reciben su última sanción cuando la muerte reclama al cristiano. Sostenido por costumbres que se remontan á su infancia, acepta con veneración profunda la promesa simbólica de que una garantía celeste le proporcionará una eternidad de alegría y de dicha, en el momento mismo en que todas las garantías terrenales van á desvanecerse. Y para que el hombre moribundo sea enteramente santificado se ungen sus pies que, salvo el caso de una curación imprevista, no volverán á hollar la tierra que los llamaba con tanto ahinco, más que á disgusto. Así es cómo una cadena no interrumpida de actos santos é imponentes, une la cuna al sarcófago, por alejados ó cercanos que éstos se hallen. Las tradiciones antiguas de alejadas regiones, cuna de todas esas maravillas sagradas, nos enseñan que ciertos hombres recibían de arriba especiales favores y bendiciones, que no son dádivas de la naturaleza, puesto que el hombre que las posee es el único que puede transmitir las á otro hombre. Por lo tanto, el mayor de los bienes que sea dable alcanzar en esta tierra, perpetúase en ella como herencia espiritual. En una palabra, la ordenación del sacerdote la habilita de todo lo que es ne-

cesario para celebrar dignamente actos que santifican á la muchedumbre, sin más participación por parte de ésta, que su fe y su confianza; y ese sacerdote, descuella tanto más majestuosamente sobre los demás hombres, cuanto que no es su persona y sí el carácter de que se halla revestido, lo que se venera y respeta, no prosternándose ante su gesto y su palabra; pero ante las bendiciones que ese gesto, esa palabra hacen bajar del cielo.

¡Qué amordazado está en el protestantismo tan admirable conjunto! la mayor parte de los signos decláranse apócrifos é insignificantes. ¡Qué medio hay de venerar el resto de un todo cuyas partes en su mayoría han sido vilipendiadas ó despreciadas. Retiré poco fruto de mi primera instrucción religiosa, pues me la dio un anciano respetable muy apegado á las antiguas fórmulas. Animábanme las mejores intenciones del mundo, pero aquél las paralizó el mismo día en que debía confesarme por primera vez. Se me había repetido sin cesar que si el protestantismo valía mucho más que el catolicismo, era porque en aquel culto la confesión convertíase en un resumen general de nuestros achaques morales y no en una declaración detallada de cada uno de nuestros pecados. Sin embargo, hubiera yo hecho esa declaración con mucha alegría, pues sentía singulares escrúpulos; mas no pudiendo hacerlo, escribí una confesión bastante detallada para que pudiera tranquilizarme, pero no me serví de ella sin embargo. El estrecho recinto en que se me encerró con el viejo pastor, las banalidades que me dirigía con voz débil y gangosa, todo esto me enfrió hasta el punto que me concreté á leer una de las fórmulas de confesión del libro que tenía en la mano. Al día siguiente me presenté á la mesa del Señor con mi padre y mi madre, y me conduje durante algunos días como se debe hacer después de acto tan santo. Sin embargo, no tardé en compartir el terror que resulta de la libertad que los protestantes tienen de interpretar los dogmas religiosos. Sabía que se recibe el sacramento de la comunión sin ser acreedor á él, comiendo y bebiendo su condenación;

viniéronme á las mientes todas las historias terribles que había oído sobre el particular, y en cuanto llegué á Leipzig me abstuve de comulgar, no por impiedad, pero sí por escrúpulo.

GOETHE

EL TRABAJO Y EL DEBER

I

¿Qué quiere decir el deber? Quiere decir deuda, *debitum*, y tal es para vosotros el trabajo del estudio; una deuda que habéis contraído para con Dios, para con el prójimo y para con vosotros mismos. Todo esto os parecerá talvez demasiado serio. ¿Acaso no sois también serios vosotros? ¿No sois dignos de que se os dirijan palabras de real importancia y de notoria gravedad? Habéis recibido de Dios facultades de espíritu y de cuerpo. Y yo os pregunto: ¿con qué fin se os han dado? A esta pregunta dan una hermosa respuesta los sagrados libros: "El hombre, está escrito, ha nacido para trabajar, como los pájaros para volar." No sé explicaros cuán grata me es esta imagen que nos ofrece el trabajo, que es, para el hombre, lo mismo que las alas para el pájaro. ¡Alas! ¡Alas que os eleven sobre la tierra y os arranquen de su cautividad! ¡Alas que den vuelo á todas vuestras potencias! ¡Alas que se desplieguen en la luz del cielo y os hagan alcanzar la ciencia y la gloria, y finalmente, á Dios! ¿No queréis alas de esa clase?

Notad que apenas hubo creado Dios al hombre, queriendo desde luego instalarlo en su empleo, lo colocó en el paraíso para que trabajase: *Posuit eum in paradysum voluptatis ut operaretur eum*; lo cual, notadlo bien, no impedía que el paraíso fuera un lugar de delicias: *paradysum voluptatis*. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que, aun que fuésemos inocentes como lo eran nuestros primeros padres, no dejaríamos de tener el dulce deber de cultivar ese